



EL VIAJERO EN SU CENTRO

Alto Guadiana

Francisco Gómez-Porro

Pues menudo sitio ha escogido usted para pasear», dice Blas, mientras prepara la mezcla en el depósito. «¿A dónde vamos?», pregunta el tractorista. «A Zuacorta», contesto. «A la turbera», exclama Blas, con sorna. Tras comprobar el resultado de sus manipulaciones, arroja un chorrito de líquido con la manguera. Al instante, la mancha de sulfato de hierro se extiende como un espumarajo verdeazulado en el centro de la cepa. Satisfecho, me mira, y luego cambia de expresión. «Como no llueva, adiós tratamiento. La cepa necesita agua, eso se ve a la legua.» El tractorista no dice nada. «¿Y merece la pena?», pregunto. «Pues no lo sé, la verdad», contesta Blas. «Allí», señala hacia oriente, en una suave depresión de color ceniza, cerca de Casas Altas, «aparecen de vez en cuando agujeros más anchos que la rueda. La piedra se llena de gas. Por algún sitio tiene que romper ¿no te parece?»

El cielo desentierra una lágrima de luz lechosa por pedregales y cabezuelas. Al norte, en los barreros de Arenas de San Juan, la llanura forma una vedija de azogue que tiene como fondo las crestas anebladas de La Calderina. Al sur, por las quintanas de Daimiel y Manzanares, en chorreros, pozuelos, ojos y cambijas, los chifritos continúan insaciables la extracción de agua. Y en todas partes la cepa ha implantado su ley, ocupando navas y hoces, cercando junqueras, acorralando islotes de caña, despojando de verticalidad los altillos y altozanos. Y donde no ha llegado la cepa han sido los cultivos intensivos. Sin esta intervención desesperada del hombre sobre la tierra,

no hubiera sido posible el nivel de vida experimentado por la población en las dos últimas décadas. Pero el regadío que sustituyó al secano toca a su fin.

No ha llovido. No va a llover. Greda y tarquín, arcilla y caliza, seroja, pámpana y pinocha desde octubre. Y ni una gota de agua.

«Andese con cuidao, no sea que se tope con una liebre. Más de un cazador tiene pasado un mal trago en esos zanjones», me dice Blas. Me alejo, despacio, suavemente. «No va a llover», oigo decir al tractorista, detrás de mí.

Al salir del camino a la carretera que va de Daimiel a Villarrubia de los Ojos, un hombre me llama desde un carro. «¡Quieeeta! ¡Suba, hombre!», grita, a la vez que tira del ramal para detener el paso de la bestia. La luz, hacinada, oscila; golpea un punto inconcreto del horizonte y se refugia en tercios y grises mechones que ondean sobre los cañamares cercanos. El viento helado sopla ahora de la Calderina y se extiende encrespando las lagunas del Campo de San Juan: Las Yeguas, La Sal, Chica, Grande, Cerro Mesado. Casi todas han desaparecido. «Siéntese», dice. Cuando lo hago, el hombre se apresura a cubrirme las rodillas con una vieja manta de cretona listada. «¿A dónde vamos, tan tempraneros?», pregunta. «A Zuhacorta», respondo. «Entonces, le viene bien», dice, y jalea de nuevo a la mula. «¡Quieeeta!... ¡Mírala...!»

El piloto rojizo de un tractor flota delante de nosotros, entre la niebla de la carretera. «¡Quieta, leche, que no te va a comer!», grita el rebuscador. Señalo la mula y digo: «Ya deben quedar pocas».

«Sí, pocas», contesta, y deja una pausa que dedica a golpear flojamente el lomo del animal. Por fin, me mira de hito en hito, y exclama: «¿Y no tiene usted coche?». Respondo negativamente con la cabeza. Desinteresado, vuelve a mirar a la mula. «Hace usted bien. Vel ahí lo que le pasó a un sobrino mío... Estos días de atrás, compró un coche nuevo, una hermosura. ¿Pa qué?, ¡pa na! El otro día se mató en el cruce de Manzanares. El coche ha sido su sepultura».

Ahora el viento se ha detenido. Por la Hoya del Zamarugo el sol permanece enquistado en una perla grisácea. «Y usted, ¿a dónde va?», pregunto. El hombre se toma su tiempo antes de contestar: «A un cartabón que tengo en Guadiana. Na, pa entretenerme. Yo lo tengo to hecho, estoy jubilado, ¿sabe usted? Como en casa me aburro, también salgo a rebuscar un poco. Lo que sea». Me mira con cautela, pero su mirada acuosa se relaja. Luego saca un pañuelo engurruñado, que se pasa por las aletas enrojecidas de la nariz. «Estos tiempos de atrás las patatas estaban tirás y no había quien las cogiera», trompetea. «El campo no vale na. Nadie lo quiere ya. Calcule usted, yo nací en el año veinte, o sea que tengo ¿cuántos años? Pues todos esos que llevo oído que el campo está mal. Pero ahora...».

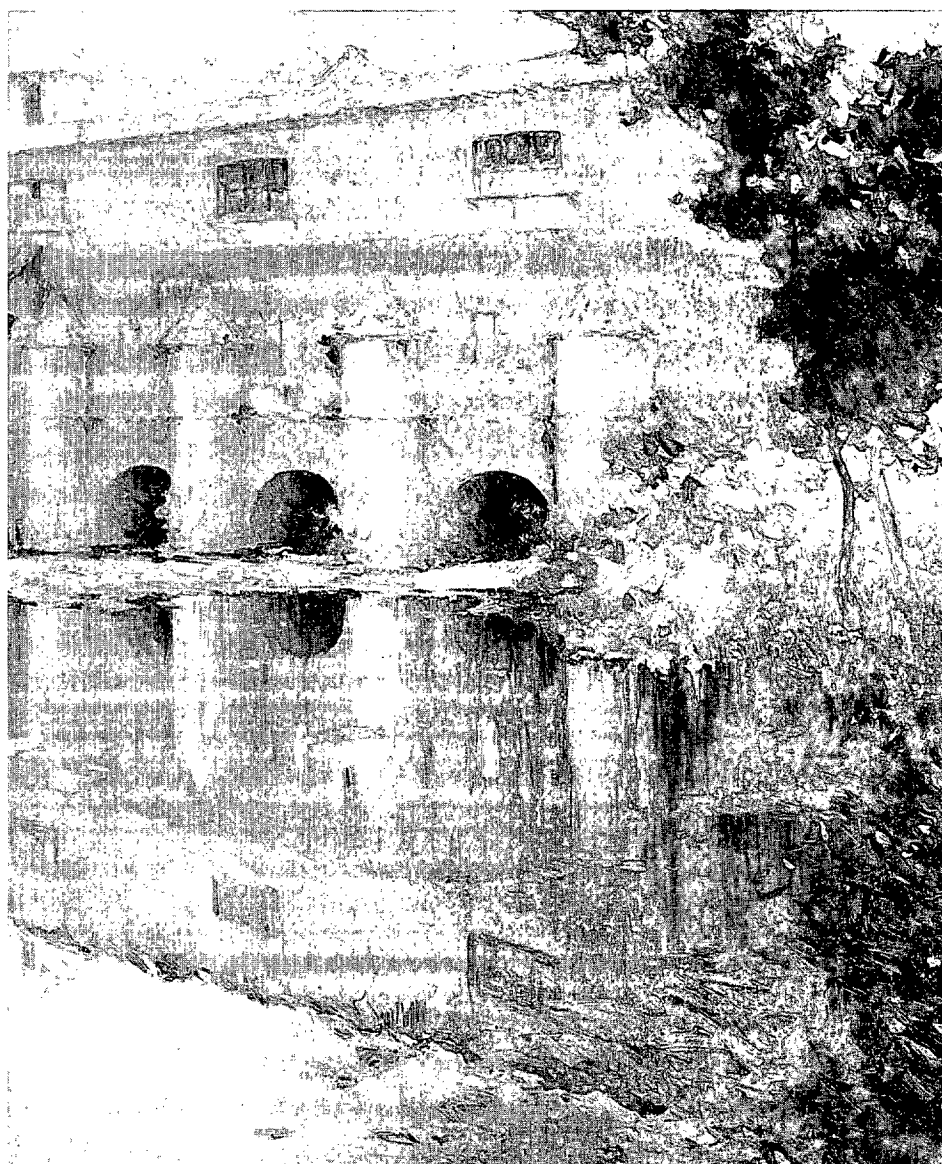
La luz se difunde en el cielo como harina cernida. La borrasca, encalmada, permanece atrapada en oscuros médanos, allí, en las capas altas, al acecho de ese instante en que todo volverá a ser gris, manso, remoto. «A lo mejor llueve», digo. Escéptico, el rebuscador mira al cielo. «To puede ser.

Desde que comenzó el mes se ven muchas perdices en los majanos. Pero ni con ésas... ¡Quieeeta, nerviooosa!, ¡ya te daré yo a ti...!». De regreso al pueblo, el rebuscador llevará a su casa un par de gavillas. Una de esas casas encaramadas en el altillo de uno de estos pueblos del Guadiana, cuyos vecinos llevan el apodo de Hornero, Almotacén, Consumero, Merinero, Maragato, Portazguero. «Bueno, pues siga usted por la carretera de Daimiel alante, y da con el molino. Lo que queda del molino, claro», dice.

El carro del rebuscador se aleja, diminuto, extraño, ajeno al paisaje y a la carretera.

El molino de Zuacorta, que da nombre al lugar, ya no existe. Una construcción con aspecto de pequeña fortaleza asediada por tolveneras de humo se asoma a la carretera. En un remoto verano del año 1928 Angel Andrade, pintor de Ciudad Real, llevó a cabo la pintura de este molino. Tuvo don Angel la desdicha de que la expresión luminosa de su pintura quedara ahogada por la revolución del abstracto, y ya en su última época se debatió en un desesperado y ensimismado esfuerzo por captar la luz. Aparte los méritos formales, lo que destaca de esta pintura es la ausencia de actividad humana. Todo es sosegado, inerte, sumergido en su raíz más profunda. La pincelada es recta y suave en el agua; los malvas, más intensos a la umbría de las orillas, se acaman en brochazos añiles y violetas en torno al molino. Las lentejas de agua flotan a la deriva como un puré verde pálido. El edificio y el agua se reparten el espacio y no tienen más objetivo que resaltar la naturaleza luminosa de la tarde. Es una pintura al servicio de la luz, y el pintor ha encontrado en este paisaje ese espacio reservado al reflejo, la profundidad y la superficie que sólo en la luz se revelan.

Sin embargo, lo que vemos ahora es un lugar inhóspito, peligroso, infranqueable los días en que como hoy la niebla se suma al humo. Ochenta hectáreas de turba se extienden a ambos lados de lo que fuera el lecho del Guadiana, entre Daimiel y Villarrubia de



Angel Andrade. *Molino de Zuacorta (Daimiel)*. 1928.

los Ojos. Una empresa privada tiene la concesión estatal de extracción de la turba. Su propietario asegura que las turbas se queman espontáneamente porque se ha desecado el acuífero. Varias columnas se elevan a unos metros del suelo como fumarolas volcánicas. Huele a óxido de carbono y el aire deja en la boca un regusto acre, a hollín y a escorias calcinadas. Un buldózer se desplaza lentamente en el tráctel abierto en la cibanca. A veces, un fuego asola varias hectáreas de tierra albera y, al año siguiente, las plantas de vid brillan entre los surcos cenizos.

Al rebasar la costera, un hombre avanza en zigzag, inclinado con un detector de metales, cerca de la motilla

del Azuer. A medida que me aproximo empieza a intranquilizarse. Al llegar a su altura, se detiene y me dirige una mirada deshabitada, amortecina. «¿Qué hora es?», pregunta. «Las nueve y veinte», contesto, después de mirar al reloj. El hombre chasca la lengua contra el paladar y suelta un renuncio y un silbido. Luego se vuelve, y me mira, recogido en una tensión que le dispensa de ser amable. «Bueno, ya da igual», exclama, pasándose una mano por la frente. «Otro día que llego tarde», suspira. El buscador de tesoros tiene cuarenta años, se llama Joaquín y trabaja como empleado en una sucursal de banca. «Apenas duermo. Vivo en Manzanares, me levanto a las cuatro de la madrugada y vengo aquí. El

otro día encontré un as romano. Pero eso ocurre de higos a brevas. Este sitio cada vez tiene más novios. Hasta siete personas estuvimos zapeando el terreno durante el fin de semana». Habla tristemente, despacio, como incitado por cada paso lleno de desaliento. El buscador de tesoros se agacha, escarba con los dedos en la tierra amarilla y saca una especie de oblea terrosa que limpia con la manga de una sudadera de camuflaje. La mira de soslayo y brevemente me la muestra. «Na, una perra gorda», y la arroja a un lado con una mueca de desprecio. «Hay que esperar a que aren».

Me alejo del buscador de monedas. Cuando vuelvo la cara le veo inclinado de nuevo sobre la tierra, ambicionando un rescoldo de dicha que, pasados unos segundos, se convierte en frustración. Ahora, con esta luz de greda, sucia por las perpetuas volutas de humo que se elevan a uno y a otro lado de la cibanca, camino por el lecho quemado, afianzándome en el terreno para no caer, avanzando un par de metros para retroceder cinco. Una muralla de cenizas, pajitos y corremundos secos se levanta entre matorrales de charas y mentas abrasadas. Todo es tabacoso, chamuscado y se recluye en la intimidad serena de la destrucción. El olor a óxido es cada vez más intenso, con matices salinos y arenosos.

Un chillido corto y atenerado suena del lado del camino. Una abubilla estalla con su abanico de intermitencias. El chillido se convierte en un silbido grave, persistente. Conce, el Pescadilla, me ha divisado desde el camino. «¡Cuando llegues al arco del río te tiras a traviesa zurco!», me grita.

Ante la imposibilidad de seguir avanzando, decido cruzar a la otra orilla y lomear la pestaña donde verdean algunos claros. Los conejos han encontrado por aquí un terreno apropiado para sus vivares y campean por los cavones calcinados sin respeto de las escopetas que con poca prudencia se internan a ojear en los claros. Muchos de estos cráteres se han convertido en raposeras, lo que ha posibilitado la

multiplicación del vivérrido que últimamente se ve acosado por la campaña de descaste llevada a cabo por los cotos.

Trepo por una motilla que se levanta como un giba entre el baen y un campo gris, recién arado. Conce viene hacia mí con las manos a la espalda, seco, encurtido. A su trabajo como guarda del coto de Villarrubia de los Ojos suma su experiencia como alimañero y un insólito conocimiento de la vida natural de la comarca. «¿Cómo va el paseo?», pregunta. «Bien», respondo. De niño, escondidos en un anchurón de la cibanca del río, tenía Conce una botella de aceite, un caldero y un montoncito de sal envuelta en un papel de estraza. Todos los días, huyendo de las filas de los alumnos esmirriados que cantaban el *Cara al Sol* a la puerta de la escuela, podía vérselo en la Madre Chica del río, donde el Gigüela perfila su escotadura estrecha y amurallada por el carrizo antes de unirse al lienzo verde de los tablares. Su alimento eran los cangrejos que comía atravesados por un alambre y chorrascados al fuego, los pájaros que caían en sus garlitos, los huevos y pollas de agua que capturaba. Del tamo que deja la trilla y fermenta con las primeras lluvias extraía Conce lombrices para el pinverde y para la carpa que luego ponía en sus garlitos y en sus trampas. A veces cogía un gato muerto y lo enterraba en el basurero de su casa, y pasado un tiempo lo sacaba y sacudía la gusanera sobre un lecho de serrín. Otras, al caer la tarde, permanecía apostado bajo una capa de carrizo, armado con una vieja carabina, a la espera de los azulones. Les oía batir las alas y sobrevolar varias veces el espacio pantanoso de la vega antes de aterrizar...

Suenan varios disparos por Casablanca, secos, como truenos. «¿Qué es eso?» pregunto. «Pa espantar a las grullas», contesta Conce. «Se comen los maíces. Y como este año han retirao la subvención han instalado esas máquinas».

Caminamos un trecho entre la turba y salimos a un carril donde las cepas se aferran sin consistencia a la tierra. De

pronto, Conce bornea la cabeza, a la contra del aire. «Mira», exclama. «Allí hay una zorra muerta», dice. Yo apenas veo nada.

«Un macho. Pero ya le han cortao la cola». Conce me explica que el coto paga dos mil pesetas a cualquiera que entregue la cola de un zorro. La práctica más extendida para exterminarlos consiste en introducir una potera o pequeño anzuelo en un cebo de carne. Conce se opone a estos procedimientos. Desde el calvero me señala la presencia del águila lagunera en el cielo, y durante unos segundos permanecemos inmóviles. Hay un silencio que aguza cada hierba. Una pareja de cercetas desaparece entre las juncias. Un abanico de bisbitas se abre un segundo y de un bandazo se oculta detrás de las charas. El águila traza un corto vuelo, a baja altura, después asciende y pasa sobre los restos del molino de Molemocho, lanza un chillido agrio y desaparece entre la grisalla.

Por el camino pasan tractores y coches que se pierden en los toboganes herbosos. «Remolacheros», dice Conce. «Van al Cantares».

El Cantares es una construcción humilde, de tierra, piedra y ladrillo. Afuera hay un toldo de cañizo sobre maderas alabeadas. Su propietario es un hombre alto, parsimonioso, último descendiente de una familia de cangrejeros de Las Tablas. El y su familia han sobrevivido gracias a este bar enclavado en un lugar de paso para los agricultores de la zona y los visitantes del Parque Nacional. Un chiquillo rubio sirve las mesas, varios gatos bizquean golusmeando migas mojadas. Dentro, la estufa de leña está encendida. Los conductores almuerzan carpa frita con ajos y beben vino tinto del año. Al otro lado de la casa se oye el cloqueo de las gallinas. Mientas bebemos, Conce me cuenta que hoy es su día libre en el coto, pero prefiere salir al campo y repasar las zorreras donde ha puesto lazos. Con frecuencia, en lugar de la zorra, cae otro bicho, y Conce siente una aversión profunda por toda muerte inútil que acarree más desequilibrios de los ya

existentes en la zona. No hace mucho tuvo que liberar a un gato cerval que llevaba varios días prisionero, y en el relato de esta experiencia consume varios minutos en los que ambos bebemos, con espacio, sendos vasos de vino. Luego, se despide, animoso, fresco; quedamos en vernos en Jétar, al mediodía.

Cuando salgo ha comenzado a llover, una lluvia lívida y deslabazada que dura unos segundos y parchea la tierra color de cuero viejo. Uno de los jóvenes sentado a la mesa se levanta y, con eufórica ironía, exclama. «¡Venga agua, hasta que nos llegue al ombligo! —y se dirige a mí, sonriente, con un cigarro sin encender en la boca—: ¿A dónde vas?» me pregunta. «A Puente Navarro», respondo.

En la parte trasera del automóvil bailotean varias cántaras de leche. En el camino de Molemocho a Puente Navarro, un hombre camina a unos trescientos metros delante nuestro. Al pasar a su lado, el joven frena un poco. «Es moro», dice entre dientes, y luego, bajando el cristal de su ventana, serio, exclama: «¡Sube!». El caminante sonrío mostrando sus dientes y señala un lugar del campo. El pastor cierra de nuevo el cristal. «Estos moros son tos iguales. Por ahí no sé cómo serán, pero aquí no dicen ni mu. ¿A dónde irá este?».

Después de salir del automóvil y despedirme de su conductor me ha asaltado una imagen. ¿Dónde vi esa fotografía? ¿Fue acaso en una vieja carpeta de gusanillo con facturas atrasadas? ¿La he visto enmarcada, en alguna pared encalada de una vieja casa, donde las mujeres cosen todavía bajo la palmera del patio y guardan sus peines de nácar en las arquetas? Y, sobre todo, ¿por qué, ahora, la imagen se superpone a la del paisaje y sólo veo en primer plano varios hombres, mujeres y niños que miran entre asombrados y desesperados al objetivo de la cámara?

Hace cincuenta años, cuando la República inflamó de esperanza el agro español y los campesinos acariciaron la posibilidad de un cambio real en sus expectativas de vida, tuvo lugar en

Zacatena una experiencia de explotación colectivista cuyo resultado se vio truncado por la guerra civil. Con la expropiación de las tierras a la que fuera duquesa de San Carlos, doña María Luisa Carvajal y Dávalos, el Gobierno quiso hacer un acto de justicia entre los más desfavorecidos. En la fotografía de mi recuerdo apenas son un grupo de colonos aislado entre la masiega. Pero..., ¿dónde vi esa fotografía?

A lo lejos se oye el balido de los rebaños de Puente Navarro. El primer sol de la mañana se muestra en un gajo de bordes desdibujados. La tierra brilla. Varios perros aúllan desde los montones de estiércol. Aquí el Guadiana es un lienzo interminable de masiega ocre, pálida y seca. Los tarayes bordean el lecho formando una espesa masa de aneas cortantes.

Por los encinares de Zacatena, la Santiago camina encorvada, con rapidez, con un esportillo lleno de bellotas. Me ha visto, pero disimula porque soy de confianza. La Santiago no es de Villarrubia de los Ojos ni de Daimiel, es de cualquiera de los dos lugares donde se necesiten manos para la recolección de la uva o de la aceituna. «Adios, Santiago», la saludo. La Santiago no me responde, deja pasar unos segundos, luego viene hacia mí, hablando sola. Sólo cuando está muy cerca, levanta la voz. «Total, unos puñaos. Las grullas no las miran. Prefieren los maíces. ¿Tienes un pito?».

Arroja una bocanada de humo y me dirige una mirada falsamente retadora. Luego continúa andando, rápida, nerviosa, como una hormiga. Nadie como la Santiago sabe dónde crecen los niscalos y los primeros espárragos, los suelos de bellotas y castañas, los que quedan después de la aceituna, las últimas cerezas, los peros acuanosos, las peritas sanjuanitas, las picotas de rojo vino, los lirios salvajes de los pozos. Su figurilla de garabato se mueve como un lagarto. «Joder, Santiago qué prisa tienes», exclamo después de tratar de acompañarme en vano a su trote durante más de un kilómetro de encinas. «Yo me voy por aquí, no sea que me tope con los

guardas. Son buena gente, pero nunca sabe una...». Enteca, cartilaginosa, con la cabeza gacha, sacudida por una pequeña contracción nerviosa, de lagartija helada, la Santiago me abandona en Zacatena. Azacana, mordida por un prurito de insatisfacción contra todo y contra todos, especialmente contra los pensionistas que perciben un subsidio más alto que el suyo, la oigo decir: «Ahí las voy a dejar... ¡una leche! Pa que se las coman las grullas, me las zampo yo. Asás, en la estufa, que están tan ricas». La veo alejarse por el camino de la Calerilla, el que desemboca en Campomojado y muere en los hinojales de Malagón.

El coche de los guardas del Parque se mueve lentamente por una loma.

Por San Andrés, polvo y busagre, y en la Purísima las matanzas —cada vez más escasas— que esperan el hielo en las mantecas. Los vientos encalmados, sin rumbo fijo; el cielo claro, y las escarchas y las neblinas de madrugada, débiles y permanentes. Pero no llueve.

Por Navidad, nada, polvo, frío, truenos secos, el paisaje bonancible y la promesa del Tajo que correrá por el cauce del Gigüela hasta las Tablas. El día de San Antón, después de las aceitunas, el alpechín de las almazaras que tributa en la Madre Chica; el ábrego que sopla durante cuatro días seguidos y una oscuridad enervante, ermitaña, con livideces de cera, que amenaza borrasca y al final se queda en sorda cohetería. Por la Candelaria no llueve. En marzo, un tiempo extraño, sumido en la dormición vegetal todavía mientras todo vibra con la luz del sol. Por San Pancrancio serán las cebaeras que despuntan amarillas en el Chorito. Por San Marcos, el aire que bate postigos, desplaza fallebas y hace correr las viejas zafras abandonadas en la vega. El día de San Isidro amanecerá oscuro, y tronará varias veces con desgana. Por San Juan todo se habrá perdido entre heladas azules.

Cuando miro atrás el aire arrastra millares de jirones de plástico de los que quedan en los melonares tras la recolección.

No ha llovido, no va a llover. □